

Lectura intensiva y extensiva o los derechos del lector¹

La transformación del acto de lectura que hoy se observa se halla en curso desde hace varios siglos. Dominante todavía en la primera mitad del siglo XVIII, el modelo tradicional imponía leer una obra de punta a punta, de modo de asimilarla por completo. Víctima de este modelo *intensivo* que había llevado al límite, Jean-Jacques Rousseau revela en las *Confesiones* los espantos que le ocasionaban sus lecturas de juventud

La falsa idea que tenía de las cosas me llevaba a creer que para leer fructíferamente un libro había que tener todos los conocimientos que éste suponía. Muy alejado estaba de pensar que a menudo el propio autor no los tenía, y que los extraía de otros libros a medida que los necesitaba. Con esta loca idea, a cada momento me detenía, forzado a correr incesantemente de un libro a otro, y en ocasiones, antes de llegar a la décima página del que quería estudiar, hubiera necesitado agotar bibliotecas enteras. (VI: 210)

lo cual no le impedirá dar a su personaje de Julia, en *La nueva Heloísa*, un precepto similar: “Leer poco, y meditar mucho nuestras lecturas; o, lo que es lo mismo, charlar mucho de ellas entre nosotros es el medio de digerirlas bien” (1967:29). Encontramos aquí la imagen que asocia el libro a un alimento y la lectura a un trabajo de digestión y rumia, metáfora que Michel de Certeau mostró que también gozaba de la estima de los místicos (1982).

Característico de la cultura tradicional, ese modo intensivo cedió su lugar a un modelo *extensivo* en la segunda mitad del siglo XVIII, época en que los historiadores diagnosticaron una revolución de la lectura. Con la expansión de los gabinetes de lectura y la multiplicación de los impresos se pusieron entonces a alentar un modo de lectura silenciosa y rápida, privilegiando la cantidad y preocupándose mucho menos de leer una obra de la primera a la última página o de asimilar un texto en profundidad. Este modelo es hoy ampliamente dominante, aunque debe reconocerse que lectura intensiva y extensiva siempre pueden coexistir en un mismo individuo, según los objetivos enfocados o la índole de los textos leídos.

En efecto, con la tabularización del texto, el lector pudo elaborar estrategias de selección propias de la rapidez de las percepciones visuales. Este movimiento fue reforzado entre los lectores por una voluntad creciente de tener tanto

¹ VANDENDORPE, Christian, *Del papiro al hipertexto. Ensayo sobre las mutaciones del texto y la lectura*, Colección "Lengua y estudios literarios", México, Fondo de Cultura Económica, 2003 [Título original: *Du papyrus à l'hypertexte*, (1999) Paris, Éditions Boreal] (Texto adaptado).

control como sea posible sobre su lectura y poder circular en los textos a su antojo, sin verse demorados por barreras artificiales debidas a la índole del soporte utilizado. En suma, el lector dejó de ser progresivamente una cantidad desdeñable, compañero obligado y anónimo de la producción escrita, para volverse una libertad con la cual, en adelante, se debe contar. Este advenimiento del lector adquirió una amplitud sin precedentes en el curso de las últimas décadas y se refleja sobre todo en la evolución de las teorías literarias. A partir de 1948, en un texto famoso, Sartre había formulado la pregunta “¿Para quién se escribe?”. Algunos años más tarde, la polémica ente Barthes y Picard, a propósito de *Sobre Racine*, legitimará el sitio de la teoría y, por carambola, el del lector en el juego de las interpretaciones. En efecto, lo que se reivindica en este debate es la posibilidad de proponer una lectura personal de una obra al interrogarla a través del prisma de una idea fuerte o una red determinada de análisis. Esta operación adquirió tanta más legitimidad cuanto que el texto, al pasar del imperio de la oreja al del ojo, cambió de instancia enunciativa. Se convirtió en una entidad abstracta e impersonal, susceptible de ser deslindada de su autor y de su anclaje histórico, ofrecida al consumo individual y a la deconstrucción en todas sus formas. Al reconocer este barajar y dar de nuevo en la aprehensión del fenómeno literario, las teorías de la recepción de la Escuela de Constance consagrarán al lector como horizonte de referencia de la obra literaria. Como lo observa Iser:

A todas luces, una teoría de los textos literarios no puede ya abstenerse del lector. Éste aparece como *sistema de referencia* del texto, cuyo pleno sentido es dado por el trabajo de constitución que exige dicho texto. (1985:69)

Este nuevo estatus del lector equivale también a una dispersión de las prácticas de lectura generalmente aceptadas, hasta a su disolución, e incluso ésta, en ocasiones, es reivindicada con fuerza por la cultura popular. Así, para Enzensberger,

El lector siempre tiene razón. [...] [Él] tiene el derecho de hojear el libro de cabo a rabo, saltar pasajes enteros, leer frases al revés, deformarlas, recomponerlas, entrelazarlas y mejorarlas con todo tipo de asociaciones, extraer conclusiones que el texto ignora, rabiarse o regocijarse de su lectura, olvidarlo, plagiarlo y hasta arrojar el libro a un rincón. (Cit. Por Petrucci, 1997:423)

Hasta en la institución escolar, donde mal que bien sobrevivía, el modelo intensivo finalmente será objeto de un ataque frontal, desde el mismo interior del sistema, con la publicación de la carta de los “derechos imprescriptibles del lector”, propuesta por Daniel Pennac. En ese *best-seller* que es *Como una novela*, y cuyo éxito testimonia un amplio consenso social sobre la cuestión, el narrador enuncia de manera muy persuasiva la lista de los derechos que la escuela y los adultos deberían reconocer a los jóvenes en materia de lectura:

1. El derecho a no leer.
2. El derecho a saltarse páginas.
3. El derecho a no terminar un libro.
4. El derecho a releer.
5. El derecho a leer cualquier cosa.
6. El derecho al “bovarismo” (enfermedad textualmente transmisible) .
7. El derecho a leer en cualquier lado.
8. El derecho a picotear.
9. El derecho a leer en voz alta.
10. El derecho a callar.

En el retrato en germen que dibujan estos “derechos”, ¿quién no reconocería a los lectores de diarios, revistas, novelas descartables en que casi todos nos hemos convertido?

La lectura *intensiva* y *continuada*, en la que el lector es conducido por su actividad y permite que un texto lo guíe cognoscitivamente, a todas luces no desapareció y se practica todavía en el ensayo y el texto literario en general. Pero asistimos a la multiplicación de las situaciones de lectura *selectiva*, donde el lector circula en un texto según sus necesidades, seleccionando, eligiendo, no extrayendo más que los elementos que concuerdan con su intención. Sin embargo, no cabe duda de que la misma índole de la web va a acentuar más aún ese modo de lectura extensiva. Independientemente del costo eventual de la comunicación telefónica con el proveedor de servicios, por lo menos tres razones incitan a una lectura febril y ubicada bajo el signo de la urgencia. Primero, la lectura sobre pantalla no permite al lector adoptar una postura tan cómoda como la que permite la lectura sobre papel, lo que lo lleva a leer rápido y en diagonal, más que de manera continua. Luego, los textos por leer están desmigajados, y las múltiples invitaciones a clicar que jalonan el menor texto tienden a llevar al lector por atajos, haciéndole perder su contexto inicial. Por último, la inmaterialidad de los textos y la rigidez de los *fierros* (tablero, pantalla) impiden que el lector pueda subrayar fácilmente o anotar los pasajes que le interesan y considerar los textos leídos como susceptibles de una relectura.

REFERENCIAS

- ISER, W. (1985), *L'acte de lecture*, Bruselas, Mardaga.
- PENNAC, D. (1992) *Comme un roman*, Paris, Gallimard. [Trad. Al español: (2001), *Como una novela*, Barcelona, Anagrama.]
- PETRUCCI, A. (1997), “Lire pour lire, un avenir pour la lecture”, en G. CAVALLO y R. CHARTIER, *Histoire de la lecture dans le monde occidental*, paris, Seuil. [Trad. Al español (1998) *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid. Taurus.]
- SARTRE, J.-P. (1948), *Situations II. Qu'est 'ce que la littérature?*, Paris, Gallimard. [Trad. Al esp.: (1993), *Obras completas*, Madrid, Alianza.]